

X Jornadas de Investigación, Docencia, Extensión y Ejercicio Profesional (JIDEEP).

**"Neoconservadurismo, políticas neoliberales y erosión de derechos:
discursos y prácticas en conflicto"**

Facultad de Trabajo Social - UNLP
La Plata, 14 y 15 de septiembre de 2107

GT 26 "Masculinidades: aportes para un debate necesario en un presente neoconservador". Coordinación: Dr. Néstor Artiñano, Lic. Germán Romoli

Título:

**Genealogía de la agresión en el ámbito familiar: la debilidad masculina
convertida en tragedia.**

Néstor Artiñano

nestorarti@hotmail.com

Área Género y Diversidad Sexual / LECyS / FTS / UNLP

Este trabajo, es parte de un capítulo de la tesis presentada en el programa de Doctorado en Trabajo Social, de la Universidad Nacional de La Plata, bajo el título *Masculinidades trágicas. Trayectorias de vida de hombres detenidos que han ejercido violencia y abuso sexual en el ámbito familiar*. Como objeto de análisis se abordó la violencia masculina en el ámbito familiar. Para ello, se trabajó metodológicamente por medio de la reconstrucción de trayectorias de vida de hombres que se hallaban cumpliendo condena por haber ejercido violencia contra integrantes de su familia. Particularmente aquí, desarrollaremos una reflexión sobre el modo en que la "debilidad" masculina es convertida en tragedia, siendo otros temas del capítulo, lo familiar como ámbito complejo y lo social como contexto adverso.

Desde nuestra perspectiva, entendemos la violencia en el ámbito familiar como un "campo de batalla doméstico" en tanto expresión de una cuestión de carácter social. Desde allí, es posible pensar cómo una situación de agresión en la adultez puede estar signada por múltiples vivencias del pasado, las cuales no se circunscriben necesariamente a haber sido testigo de violencia en el ámbito familiar, sino de haber experimentado varios hechos que llevan a un sujeto a adquirir una fragilidad que, al

atravesar una situación crítica, no pueda no resolverla si no es acudiendo a acciones violentas.

Queremos reflexionar aquí, acerca de en qué medida la masculinidad hoy imperante, tenderá a devenir con facilidad en tragedia. Entendemos que la masculinidad se configura en forma trágica a lo largo de la vida de los hombres, comenzando por su familia, siguiendo por el grupo de pares y por el tránsito en todas las instituciones, llevando a la imposibilidad de poder afrontar un desligue, quizá a veces con voluntad o sin ella, de esos mandatos masculinos.

Una continuidad en el padecimiento que se notó en los entrevistados, deja ver que la vida en libertad no estaba desligada de sufrimientos, sino por el contrario, en todas las historias se rememoran situaciones que tienen una connotación muy fuerte de padecimientos, ligadas a abandono de la madre o el padre, haber recibido castigos de niños, haber sido testigo de situaciones no deseadas, muertes prematuras, abandono de escuela, exclusión social, adicciones a las drogas, fuga del hogar, toma de responsabilidades adultas a temprana edad. Son estas caracterizaciones que no por el hecho de haberlas vivido, llevan en forma lineal, a culminar en edad adulta en ser violentos en el ámbito familiar, ya sea agrediendo físicamente o abusando sexualmente. Sí creemos que se puede pensar en que hay algún tipo de relación o vínculo, en la medida que estas situaciones aún en la actualidad son vividas con suma angustia, lo que daría cuenta de no haber podido resignificar positivamente tanto sufrimiento.

En el marco de una cultura donde las exigencias a los hombres son extremas, ligadas al éxito, a no exponer sus sentimientos, al trabajo duro, a ser netamente proveedores de su familia, creemos que se habilitan las condiciones necesarias para que emerjan en ellos conductas como las que analizamos aquí. No es intención hacer de ellos sujetos inocentes en cuanto a sus actos delictivos, dado que estos delitos están tipificados en el código penal, y como tal les corresponde la pena que la justicia determina. Sino que nuestra intención es comprender cómo se llega o cuál es el camino por el que unos sujetos se construyen en alguien que actúa de esta forma violenta, mientras que otros con similares trayectorias de vida no actúan de igual forma.

En algunos entrevistados, aparecen reflexiones que apuntarían a revisar situaciones de su vida en las etapas anteriores. Es el caso de Ulises, quien plantea:

-Ulises: Yo estoy peleando por mi derecho. Lo único que yo hice mal fue trabajar demasiado y descuidar a la familia, no disfrutarla. Porque uno se esfuerza y dice deo "esto" para mi familia y uno saca la atención de un foco y

por ahí el problema está en el foco y uno no lo vio porque la descuidó, eso es lo que pasó en mi caso (...) me vinieron a hablar los de Asuntos Internos de la Suprema Corte y me dijeron que todo quedaría en la nulidad pero mientras tanto pasaron 4 años y perdí todo, la infancia de mis hijos, el compartir con mi familia, ¿quién me lo devuelve?

Sergio también reconoce que estuvo mal en su reacción. Se deduce que su acción fue extremadamente violenta por las consecuencias físicas tanto en su concubina como en el amante de ella. Él hará un planteo diferente al resto de los entrevistados, al reconocer no que hizo un mal a quienes hirió, sino que a través de ello, entiende que está agrediendo a la sociedad. Quizá la respuesta esté en lo aferrado que se nota a Sergio respecto a la iglesia evangélica, y de ahí, pueda surgir esta diferencia con el resto de los entrevistados, ubicándose como un enemigo de la sociedad. Vale aquí preguntarse, si esta ubicación como enemigo de la sociedad, no lo deja a él fuera de la sociedad, quizá aquí juegue como factor importante la mirada religiosa, que puede interpretar la realidad desde dos planos, lo terrenal y lo celestial, llevándolo a hacer un paralelismo lógico y dicotómico entre lo social y lo individual, como esferas separadas de la realidad. En los demás aparecerá que cada uno de ellos es víctima de otra/os o de instituciones que no logran ver o creer en su inocencia, o por el contrario, reconocer medianamente que cometió un delito contra alguna persona en particular.

Sergio, respecto a analizar su relación de amor, dirá:

-Sergio: Me alejé de la mujer porque... lamentablemente una relación buena no teníamos y si después yo quería hacer mi vida con esa mujer, si una persona que se ama no puede vivir en esa, ese tipo... si yo la hubiese amado ¿no hubiese reaccionado bien?, y si ella me hubiese amado tampoco hubiese hecho lo que hizo, entonces me dijo que eso no era amor, una cuestión de piel o lo que sea... entonces dije no, si yo llego a salir y me llego a acordar de los momentos que ella... porque no se me iba la imagen de cuando yo los vi y de los momentos... por esta mujer por lo que hice, pero bueno, también por lo que ella hizo... empezamos a reprochar y va a haber duda... si ya me lo hizo una vez, no... voy a tratar de alejarme de esta mina, no me conviene, más... entonces intenté arrancármela, como que la arranqué de mi corazón. Al mismo tiempo era linda mujer pero en el sentido, no como compañera mía, pero por ahí... me hace bien, qué sé yo, me hace bien.

César en pocas líneas condensa varios temas: contexto neoliberal, escasez de trabajo, robo, hacerse cargo de mujer con hija, cosificarla al decir que no le servía para nada, consumo de drogas, regreso a la cárcel, etc.

-César: Después, la última causa que caí yo fue en el '96, que salí en el 2002, ahí sí fue la parte más golpeada de mi vida... una foto de cuando yo vine preso de vuelta, está la foto del carnet, fijate lo que era acá, 45 kilos estaba pesando... tuve la suerte, bueno entre comillas ¿no? Cuando salí en el 2002 renegué... ¿viste que estaba el tiempo del patacón, el lecop, todo eso...? Renegué casi un año en los barrios, ibas a manguear no te daban nada, y bueno y tuve que seguir robando, me había hecho cargo de una piba con dos chicas que no me servía ni para atrás ni para adelante, no aportaba nada, me tuve que dedicar a robar hasta que un día apareció mi cuñado y... me ofreció un trabajo con él, y bueno, empecé a trabajar con el hombre ese, el hombre ese no podía rescatar a los clientes, yo le puse el pecho, rescaté a todos los clientes, él me ofreció una plata y no cumplió, bueno entonces cuando él me mandaba a cortar (el servicio de cable por falta de pago) yo a los clientes los agarraba para mí, no me importaba me los agarraba para mí, al chabón no le quedó otra que hacerse socio mío, había otro pibe también y bueno hicimos la sociedad y empecé a juntar plata, me empezó a ir mejor, me compré mi auto, me compré mi casa ya, tuve mi hijo, mi hijo gracias a Dios no le faltó nada hasta el día de hoy.

En estas construcciones de masculinidades, lo que se espera como resultado, no podrá ser más que una reacción violenta donde el hombre encontrará en sus adversarios a quienes mayores debilidades presentan, en este contexto socio histórico y desde la concepción masculina imperante. Esas personas, objeto de sus agresiones, serán las mujeres, la/os niños, y todo aquel hombre que se atreva a tensionar ese modelo vigente, como así también otros hombres a quienes se le exige la corrección de representar un guión que ellos no han elaborado, sino que lo representan, con las variables singulares. La masculinidad imperante evidencia relaciones jerárquicas, y mientras la jerarquía no sea revisada en forma tal de ser superada, desde lo social hasta lo subjetivo, será extremadamente difícil de despojarse de las expresiones trágicas de la masculinidad. Tragedia es la inmanencia necesaria para que la masculinidad exista, tal cual la conocemos hoy. No hay un tipo de masculinidad como lo evidenciamos hoy y desde la historia, si no es mediada por la tragedia, que se mantiene como condición necesaria de su existencia.

Para seguir presente la masculinidad, tal cual hoy nosotros la criticamos en tanto imperante, o como hemos visto en otros autores que la denominan hegemónica, dominante o tradicional, es necesaria que la tragedia perdure. Esa tragedia perdurará en la medida que pueda contar con un dispositivo que integre diferentes estrategias tales como determinados discursos sobre el amor, la idea de matar por amor, el apaño de las leyes y sus agentes encargados de impartir justicia, discursos restringiendo la violencia a un tema netamente de salud mental, o la razón desligada de los sentimientos y emociones, cayendo en un razón-centrismo. Respecto a este último punto, Jimeno (2004: 233) plantea que podría hablarse de razón-centrismo, al ver que las ciencias sociales hacen mayor hincapié en la razón y no tanto en los sentimientos y las emociones como constructores de los sujetos sociales. Al traer la razón como instrumento de conocimiento por excelencia, lo emocional es dejado de lado, o asignado a la psicología. La autora (2004: 228) entiende al amor como forma cultural que implica cuestiones psicológicas, emocionales y cognitivas necesarias para reafirmar la virilidad, en tanto conlleve el éxito amoroso y cumpla con la “necesidad de afirmar la supremacía masculina si es necesario con la violencia”, entendiendo entonces que el amor “es construido como emoción sublime pero también como prueba social del valor personal que debe ser mostrado ante otros, empezando por la propia pareja”.

Respecto al accionar de la justicia y la diferente vara con que se mide a mujeres y a varones, Jimeno (2004: 158) encuentra que en aquellos casos donde la mujer mató a su pareja, como corolario de una relación violenta que ella venía sufriendo, no solo se juzga el crimen, sino que se juzgan otras transgresiones sociales, y por ende aparece ahí un apaño al papel del hombre. Algunas de esas otras transgresiones que no deberían ser juzgadas, son por ejemplo ser fría, vanidosa, trabajar fuera de casa y tener amante, ser la amante, por transgredir la prohibición de relacionarse con un hombre casado, mientras que en el mismo sentido (2004: 217), entiende que la benevolencia con que los tribunales suelen actuar contra los hombres violentos a partir de cierto romanticismo, es sentida como una esperanza de impunidad que anima al hombre a cometer crimen.

Otras de las preguntas frecuentes refiere a los motivos para mantener una relación conflictiva, sin poder darle un cierre, y llegar a la violencia y muchas veces hasta el extremo de la muerte. En su investigación, Jimeno (2004: 159) encuentra que la dificultad para cortar el vínculo aparece asociado a cierto miedo social vinculado con “preocupaciones económicas, afectivas, de prestigio y de relación con otros, y el acatamiento a viejos mandatos (resiste y vencerás)”, mientras que la paradoja aparece cuando se destruye lo que se quiere proteger, en la dimensión existencial, mientras que

en la dimensión cultural se soluciona apelando a la violencia como una emoción incontrolable, exculpando y justificando a la vez, el empleo de esa violencia.

Todo lo desarrollado hasta aquí serían argumentos que, en primera instancia, sustentan la idea de un poderío y fortaleza masculina, en tanto dejan aparecer a los hombres invulnerables, exitosos y poseedores de cierta antifragilidad (Valdés y Olavarría, 1997, citado por Echeverría Gálvez, 2013: 91). Sin embargo, todos estos autores notan que se trata de supuestos y que, podemos agregar nosotros, son logros devenidos de cierta impunidad que la masculinidad imperante ha conseguido en un aparente beneficio propio. La realidad de los hombres, en cambio, se puede enmarcar más desde una concepción de fragilidad y debilidad, en términos que no pueden sobrevivir sin acceder a la violencia, y como lo vemos en este trabajo, ese acceso a la violencia no es algo que les es grato, sino que aparece como respuesta a una realidad que se les torna ingobernable. Justamente la incapacidad de poder lograr gobernabilidad de sus vidas y co-gobernabilidad de sus familias, sin el ejercicio de la jerarquía masculina, de la razón masculina y de la violencia masculina, convertidas en tragedia, será el gran obstáculo, será la necesidad de poder pensar, ver y sentir, con determinado sesgo que imposibilita entablar relaciones igualitarias.

Jimeno (2004: 242) cita también a Segato (1998), quien opina que “el género es un principio clasificatorio de posiciones relativas, abstractas, que imprimen identidad al sujeto como ente social. Así, pueden haberse modificado las asignaciones de roles y el sistema de derechos de género, pero no así las interacciones afectivas que reproducen el esquema original de jerarquías. Los casos contemporáneos de crimen pasional parecen apuntar en este sentido de la permanencia de interacciones y representaciones afectivas con jerarquías de género que trascienden y resignifican la tendencia a reducirlos a rezagos o supervivencias de los códigos latinos o mediterráneos del honor. El vigor de esa representación de la vida emocional por géneros es lo que permite ligar la acción violenta masculina con su “ser” como hombre, colocándola así en un lugar de privilegio para su castigo y generando equívocos y contradicciones entre mandatos culturales opuestos: no matar, disculpa por matar con emoción”. Entendemos que matar sería el precio de la lealtad para fortalecer relaciones entre pares masculinos, antes que sumergirse en el sentimiento de la humillación, por entender que la mujer, inferior a él, toma un lugar de superioridad. La lógica sería “matando a quien se me aparece como superior, soy superior yo”.

En definitiva, una masculinidad trágica habitada en hombres y reproducida en ellos como figuras principales, lleva a que aparezcan al menos seis características entre los

hombres que hemos entrevistado: 1. desde la más temprana edad fueron construyendo su subjetividad atravesada por vivencias complejas en el ámbito familiar; 2. con una niñez condicionada por políticas de exclusión y marcada por tragedias sociales como la última dictadura; 3. con llamativas recurrencias de discursos y prácticas policiales insertas en las vidas de los entrevistados, y por ende en sus familias; 4. con un marco de sociedad de consumo y competencia que evidencia la necesidad de mostrar permanentemente la posesión de bienes materiales o simbólicos; 5. inmersos en una trama donde el grupo de pares se torna en un juez insatisfecho que siempre requerirá de más, para que los hombres demuestren que se precian de tal; y 6. con ese entramado difícil de asumir como problema, con reproducciones de esas complejidades en las familias que fueron armando a partir de entablar relación con una mujer. Estos sucesos llevan a que se den las condiciones óptimas para que ante la aparición de mínimos inconvenientes o tensiones propias de todo grupo humano, éstos se diriman a través de la violencia. La violencia como única salida posible, impide que se acuda a otras instancias como la apertura al diálogo, la intermediación de terceros, la definición de separación, entre otras posibilidades.

Bibliografía:

Artiñano, Néstor (2015). *Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza*. Buenos Aires, Espacio Editorial.

Jimeno, Myriam (2004). *Crimen pasional. Contribución a una antropología de las emociones*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Echeverría Gálvez, Genoveva (2013). "Vulnerabilidad en los varones mexicanos: fisuras y aperturas en las subjetivaciones masculinas". En: Ramírez Rodríguez, Juan Carlos y Griselda Uribe Vázquez (Coord.). *Los hombres en México: Veredas recorridas y por andar. Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*. – 1ª ed. – México: Universidad de Guadalajara – CUCEAAMEGH, A.C.